

AMERICANIZACIÓN DE EUROPA, GUERRA FRÍA Y ESTUDIOS HISTÓRICOS: JALONES DE UNA TRAYECTORIA. INTRODUCCIÓN¹

El debate sobre la eventual *americanización* de Europa surgió en el viejo continente entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Para entonces se habían desvanecido definitivamente las dudas sobre la viabilidad de la primera república independiente americana, que habían alcanzado su punto álgido durante la Guerra de Secesión (1861-1865). La creciente fortaleza del país se apreció en el espectacular crecimiento económico y de población que siguió a aquel conflicto, en la plena delimitación de sus fronteras continentales y en una presencia exterior cada vez más asertiva –intervenciones militares en México, Centroamérica y el Caribe; anexión de Hawái; guerra hispano-estadounidense de 1898; incremento exponencial de las inversiones en el extranjero, etc. Todo ello generó al otro lado del Atlántico una mezcla de curiosidad, admiración y recelo –dependiendo del observador–, al tiempo que se abría paso en algunos sectores la idea de que aquel país reunía todos los ingredientes para convertirse en el modelo de progreso y desarrollo más exitoso en el porvenir inmediato.²

Las reflexiones sobre la *americanización* o «modernización a la americana» de Europa, en cualquier caso, pertenecían todavía al terreno de la especulación periodística y literaria.³ Aunque el desdén hacia la antigua colonia ya estaba presente entre las élites europeas, y la dura experiencia vital de los millones de emigrantes europeos que cruzaron el Atlántico en aquella época arrojaba sombras sobre la imagen dorada del sueño americano, la cuestión aún no había adquirido ni la

densidad ni los ribetes eminentemente negativos que la caracterizarían algo más tarde.

El desenlace de la Gran Guerra (1914-1918) puso de relieve una tendencia que venía aflorando con antelación en diversos terrenos: Estados Unidos estaba llamado a erigirse en la principal potencia del mundo occidental, como acababa de demostrar con su decisiva intervención de última hora en el conflicto. En el transcurso de los años veinte, un nuevo escenario fue ganando terreno en las relaciones transatlánticas: el grueso de las influencias, transferencias e inversiones cambió radicalmente de dirección. Las sociedades europeas se convirtieron en las receptoras y consumidoras por excelencia de los estímulos y productos procedentes de la nación americana. Por primera vez también, éstos llegaban directamente al conjunto de los ciudadanos continentales gracias a la expansión y el impacto de un medio de entretenimiento y expresión que simbolizaba como ninguno la *modernidad* y atractivo de la cultura estadounidense: el cine, convertido en elemento central del ocio cultural de los europeos desde entonces. De su mano, el desembarco americano parecía acelerarse al ritmo del *jazz* y los *dance halls*, se hacía patente en la transformación de una sociedad urbana donde la parsimonia de los antiguos cafés cedía su lugar al dinamismo de las barras americanas, y mostraba su capacidad de irradiación mediante las estrategias persuasivas de las nuevas técnicas de publicidad que modulaban las pautas de consumo en la emergente sociedad de masas.⁴

En un contexto de progresiva radicalización socio-política auspiciado por el auge de las ideologías nacionalistas y de izquierdas, la creciente influencia de Estados Unidos en la Europa de entreguerras despertó reacciones de procedencia y argumentos diversos, pero coincidentes en sus reticencias y su postura crítica.⁵ Tanto el consumo masivo de productos culturales americanos como la dependencia de los créditos procedentes del otro lado del Atlántico fueron señalados como amenazas a la independencia e identidad nacional o de clase –dependiendo de la posición ideológica–, una lectura interesadamente apoyada por aquellos sectores económicos afectados por la competencia estadounidense –desde productores cinematográficos hasta agricultores. También añadieron más leña al fuego tanto la impronta del *darwinismo* social sobre la concepción del devenir de las relaciones internacionales y la filosofía histórica del momento –que invitaba a interpretar que el auge de los países extraeuropeos (por Estados Unidos y Japón) acarrearía la decadencia europea–, como el predicamento que ganaron las corrientes de pensamiento críticas hacia una *modernidad* simbolizada por los Estados Unidos –su democracia de masas, su cultura para el consumo, su tecnología deshumanizadora, su materialismo animado por el afán de lucro, etc. El *antiamericanismo* se había instalado en el subconsciente europeo como un socorrido argumento al que recurrir a la hora de buscar causas externas a los problemas que provocaba la incapacidad de articular sociedades más pluralistas políticamente, más dinámicas económicamente y con mayor movilidad social.⁶ Los años treinta agravaron esa desconfianza como consecuencia de la profunda crisis de la economía americana, su repliegue diplomático y el auge de los estados totalitarios en Europa. A las puertas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), sólo las omnipresentes películas de Hollywood parecían mantener viva la «amenaza» de la *americanización* del continente.⁷

La polémica sobre la *americanización* de Euro-

pa occidental alcanzó nuevas cotas en el marco de la Guerra Fría. Estados Unidos fue la única nación beligerante que salió victoriosa y económicamente reforzada de la última contienda mundial. Sólo la Unión Soviética, rehabilitada internacionalmente por su decisiva contribución al triunfo aliado –aunque brutalmente golpeada por los estragos de la contienda–, parecía capaz de rivalizar con la hegemonía estadounidense. En Europa, podía hacerlo tanto en el escenario militar –sus tropas ocupaban la mitad del continente e intimidaban al resto–, como en el ideológico. La escalada de la tensión entre Washington y Moscú, a partir de 1947, llevó al engrasado aparato propagandístico soviético a difundir el mensaje de que los horrores de la reciente guerra eran la consecuencia última de la brutal crisis económica iniciada con el derrumbe de la bolsa de Nueva York en 1929, o en otras palabras, a asignar la responsabilidad del enfrentamiento y sus secuelas a las contradicciones autodestructivas del sistema capitalista salvaguardado por el gigante norteamericano. Los principales destinatarios de aquel mensaje no eran otros que los ciudadanos que habían quedado al oeste del «telón de acero», bajo el paraguas de Estados Unidos, donde la memoria de la crisis económica estaba muy viva y los movimientos comunistas gozaban de una reforzada popularidad gracias a su destacada participación en la resistencia al fascismo. La versión antipitalista obtuvo una notable repercusión entre los simpatizantes de movimientos de izquierdas en Europa occidental, que ponían el foco en los progresos sociales de la Unión Soviética dejando al trasluz los excesos autoritarios y la ausencia de libertades que componían la otra cara de la moneda. Pero incluso entre sectores más conservadores y nacionalistas europeos causaba malestar la evidente pujanza que había adquirido el modelo americano, frente al cual la Unión Soviética no dejaba de ser una referencia lejana, salvo para aquellos países que comparaban su frontera con su área de influencia.⁸

Ante los múltiples desafíos del conflicto

bipolar, Estados Unidos realizó un despliegue en el escenario europeo sin precedentes en tiempos de paz, tanto por su alcance como por su significado. La potencia americana tuvo un papel fundamental en el diseño de un sistema de seguridad concebido para contener el expansionismo soviético; apoyó la reconstrucción económica y la difusión de nuevos métodos de gestión y organización empresariales; dio su respaldo a los proyectos de convergencia europea; fomentó las transferencias culturales y científicas de diversa índole y la formación de capital humano, además de asumir un protagonismo de primer orden en la extensión de la sociedad de consumo. Todos esos procesos contribuyeron a acrecentar la popularidad de América entre muchos europeos, pero también movilizaron a sectores críticos con su influencia. Entre estos últimos se daban cita desde el tradicional temor conservador a la modernización *americanizada* de las pautas de comportamiento social y cultural, hasta la oposición ideológica de raíz filomarxista. El pensamiento de la *Escuela de Frankfurt* fue el exponente más prestigioso en la inmediata posguerra de la síntesis interpretativa de esa corriente de opinión crítica con los Estados Unidos.⁹

A lo largo de los años sesenta y setenta el debate sobre la *americanización* se incorporó plenamente al ámbito académico. La aplicación de teorías neomarxistas a los análisis sociales y el considerable desgaste internacional de la imagen estadounidense —debido al eco de la guerra de Vietnam y a la crisis de legitimidad interna provocada por el movimiento de los derechos civiles, la violencia racista y política o el escándalo *Watergate*—, llevaron a un conjunto de sociólogos, antropólogos culturales y teóricos de la comunicación a adoptar una posición muy crítica y militante frente a las implicaciones de la hegemonía económica y política americana a nivel global.¹⁰ Sus conclusiones, amplificadas a través de algunos organismos como la UNESCO, iban más allá de la denuncia de las teorías del desarrollo que pretendían trasladar

los presupuestos políticos y económicos de esa hegemonía a las nuevas naciones en gestación tras la oleada de la descolonización. También se señalaban los riesgos de homogeneización y empobrecimiento de las prácticas culturales intrínsecos al proceso de *americanización*, que llevaban a muchos autores a referirse al mismo como el paradigma del *imperialismo cultural*.¹¹

Los historiadores se sumaron a aquel debate algo más tarde, si bien durante las dos últimas décadas sus contribuciones a la comprensión del fenómeno han ido adquiriendo mayor vitalidad y riqueza interpretativa. Las causas concretas de su interés pueden rastrearse en la conjunción de varios factores a finales de años ochenta y principios de los noventa. El primero y más importante tuvo que ver con el desplome de la Unión Soviética, que dio lugar a la aparición de un nuevo ámbito de análisis sobre los factores que condujeron a ese derrumbe y, por contraposición, que permitieron el triunfo de los Estados Unidos y su modelo de organización social. El interés por la fortaleza y expansión del modelo americano conectaba, a su vez, con otro terreno de investigación histórica también emergente, que afectaba a la globalización y al liderazgo e influencia americanos en ese proceso —frente al cual el modelo soviético se había mostrado incapaz de adaptarse, lo que habría precipitado su caída.

Desde el ámbito de la historia económica comenzaron a desarrollarse estudios sobre el grado de integración y convergencia de la economía transatlántica, que llevaron a su vez a examinar el influjo americano en la modernización y transformación de los métodos y prácticas empresariales europeos. Las sensibles diferencias todavía detectadas les hicieron valorar los límites y la heterogeneidad del proceso, así como la autonomía de los receptores, dando lugar a interpretaciones de la *americanización* sustentadas en conceptos como *adaptación*, *negociación* o *hibridación* de las influencias.¹² Tales aproximaciones y planteamientos fueron asumidos y profundizados en paralelo por historiado-

res y especialistas en *American y Cultural Studies*, la mayor parte de los cuales buscaban superar las limitaciones explicativas de las lecturas en clave *imperialista*. En esa línea se produjeron toda una serie de aportaciones que abordaron la difusión y transformación de la huella americana en diversos escenarios, como vía para explorar nuevas facetas de de tan heterogéneo fenómeno.¹³

En aquel contexto de revisión de los moldes analíticos e interpretativos precedentes, con el telón de fondo de la caída del muro de Berlín y las especulaciones sobre la posterior emergencia de un mundo unipolar o multipolar, el politólogo americano Joseph Nye formuló su teoría del *soft power*. En ella cuestionaba la eficacia de las fuentes tradicionales de poder –militar y económico– para ejercer por sí solas el liderazgo mundial. La expansión de los medios de información y comunicación, el protagonismo adquirido por actores transnacionales ajenos a los Estados y la globalización habían transformado las claves de las relaciones internacionales, de tal modo que la capacidad de persuasión y seducción cultural e ideológica se había convertido en un factor de primer orden en aquel escenario. El potencial persuasivo de un país emanaba del respeto que despertaba su sistema socio-político, del atractivo de su cultura popular y el prestigio de su política exterior, que a través de su transmisión al exterior favorecían la asimilación voluntaria de las posiciones propias por parte de otros interlocutores internacionales.¹⁴ La resonancia que adquirió aquella teoría sobre el «poder blando» vino a reforzar los argumentos de los historiadores críticos con la escuela *realista*, para quienes era preciso vincular el colapso económico soviético con un proceso paralelo de erosión de la legitimidad del modelo socialista, que habría sido acelerado por la expansión de expectativas y prácticas socio-culturales occidentales, con un marchamo «típicamente» americano.

La convergencia de ese cúmulo de elementos llevó también a poner el foco en el estudio de

la acción informativa y cultural desplegada por los Estados Unidos en Europa –y más tarde en el resto del mundo– para extender su influencia o contrarrestar la alcanzada por la Unión Soviética. Ese factor iba a ganar espacio y predicamento en los análisis sobre la Guerra Fría, al tiempo que impulsaba un replanteamiento de las investigaciones desarrolladas en este campo.¹⁵ Diversas obras examinaron las iniciativas emprendidas por la diplomacia pública y los servicios de inteligencia estadounidenses con el objetivo propagandístico de ganar la simpatía de los europeos, transmitirles las ventajas de su modo de vida y obtener su confianza en el liderazgo de Estados Unidos.¹⁶ Del mismo modo, otra serie de trabajos prestaban una singular atención a las repercusiones culturales y de opinión pública asociadas a aquel fenómeno, al papel de actores y estímulos transnacionales de todo tipo, desde el turismo hasta los productos culturales y el deporte, pasando por las transfereencias científicas o la promoción del consumo de masas por parte de intereses económicos.¹⁷ El horizonte de aquel conjunto de investigaciones era disponer de una panorámica más amplia que intentase abarcar el fenómeno en toda su complejidad. Tal expansión temática estuvo asimismo ligada a la creciente receptividad de los historiadores de las relaciones internacionales, estadounidenses y europeos, respecto a la renovación metodológica derivada del *cultural turn*, que promovió el interés por nuevos objetos de investigación y enfoques analíticos.¹⁸

La multiplicación y diversidad de los sujetos de estudio que confluían en torno a la *americanización* dio lugar a una reflexión sobre cómo abordar las distintas vertientes de aquel proceso global sin caer en conclusiones apresuradas, o qué estrategias de investigación resultaban más pertinentes para indagar en su pluralidad de manifestaciones. En tal sentido, uno de los pioneros en este campo de estudios, el historiador Richard Kuisel formulaba una serie de consideraciones a finales de los años noventa donde apelaba al rigor analítico, al esfuerzo de

reconstrucción documental y a la realización de investigaciones monográficas como herramientas para ir desbrozando el terreno y facilitando una comprensión más precisa de aquel fenómeno:

[...] el objeto de investigación histórica debe ser lo particular, no lo general: *Disneyland Paris*, no la «cultura americana»; *Nike*, no «el estilo americano»; *Mc Donald's*, no la «comida americana»; los turistas americanos, no los «americanos». Muchos de esos productos, empresas, programas, instituciones, formas culturales o comunidades tienen su propia historia: han dejado una estela documental y poseen un itinerario institucional. En algunos casos, el proceso de transmisión puede ser cuantificado. Podemos calcular la cuota de pantalla y los beneficios en taquilla de las películas de Hollywood, o enumerar dónde, cuándo y cuántos McDonald's fueron construidos. Podemos estudiar las comunidades de turistas y expatriados. Y podemos prestar atención al préstamo de prácticas y tecnologías americanas, como por ejemplo durante el Plan Marshall. Es posible entender la propagación de América si particularizamos el fenómeno. Desde lo particular podemos captar lo general.¹⁹

Aunque la historiografía española se incorporó con cierto retraso a este frente analítico, a lo largo de la última década y tanto desde la historia de las relaciones internacionales como desde la historia económica son perceptibles los sensibles avances obtenidos en la investigación, en buena medida en sintonía con las pautas expuestas en la cita previa de Richard Kuisel. Los estudios realizados en nuestro país se han enriquecido con las contribuciones precedentes y con los nuevos trabajos que se desarrollan en Estados Unidos y en otros países europeos. Actualmente, se dispone ya de un conjunto de aportaciones sobre el despliegue de la diplomacia pública americana en España, sus principales canales y agentes de difusión, la relevancia que alcanzaron distintas producciones culturales americanas —como el cine, los *American Studies* o algunas corrientes musicales—, o la conexión de esa promoción oficial con las demandas e

iniciativas de la sociedad civil de ambos países.²⁰ Todo ello ha permitido, además, afrontar las relaciones entre España y los Estados Unidos durante el franquismo desde otra dimensión analítica e interpretativa, susceptible de complementar y matizar el enfoque político-estratégico que era predominante y casi exclusivo con antelación.²¹

Los artículos incluidos en este dossier son una buena muestra de la nueva senda emprendida. En los textos se examinan diversas facetas de la presencia americana en la España franquista: los programas de asistencia técnica y formación de capital humano integrados en la ayuda económica derivada de los pactos militares de 1953 (Adoración Álvaro); la expansión del jazz en la sociedad española a través de la diplomacia pública y la iniciativa privada (Iván Iglesias); la estrategia para atraerse a la juventud universitaria desde que en los años sesenta se configuró como un agente esencial de erosión del franquismo (Óscar M. García); y la promoción de los *American Studies* entre la universidad y la intelectualidad española a finales de la dictadura (Francisco J. Rodríguez). En todas esas vías potenciales de *americanización* desempeñaron un papel determinante las actitudes y demandas de la sociedad receptora. Sin esa dinámica de acción-reacción, que en parte estuvo en relación con la postura asumida por los responsables políticos españoles, pero que en medida aún mayor fue fruto de la propia dinámica de sectores más amplios de la sociedad española, es imposible entender las claves locales de un fenómeno histórico de alcance global.

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla
Pablo León Aguinaga

NOTAS

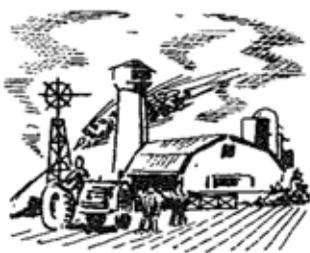
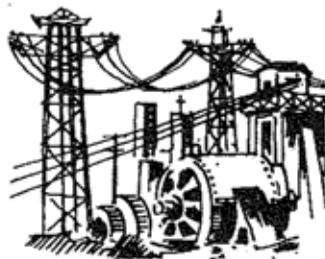
¹ Este dossier ha sido realizado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá). Es

- también fruto de la mesa «La difusión del modelo americano en España durante el franquismo» del X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (septiembre 2010). Aprovechamos esta ocasión para reiterar nuestro agradecimiento a todos los que participaron en aquella reunión científica.
- 2 ZUNZ, Olivier, *Why the American Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1998; PORTES, Jacques, *Fascination and Misgivings. The United States in French Opinion, 1870-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.
 - 3 Ver, a título ilustrativo, las obras de los británicos STEAD, William, *The Americanization of the World or the Trend of the Twentieth Century*, Londres, 1902; y WELLS, Herbert. G., *The Future in America: A Search after Realities*, Nueva York, 1906.
 - 4 ROSENBERG, Emily S., *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, Nueva York, Hill & Wang, 1982; COSTLIGLIOLA, Frank, *Awkward Dominion, American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1939*, Londres, Cornell University Press, 1984.
 - 5 Sirvan de ejemplo ARAQUISTÁIN, Luis, *El peligro yanqui*, Madrid, Publicaciones de España, 1921; y DUHAMEL, Georges, *Scenes de la Vie Future*, París, Mercure de France, 1931.
 - 6 Para un estudio pionero, STRAUSS, David, *Menace in the West: the Rise of French Anti-Americanism in Modern Times*, Westport, Greenwood, 1978.
 - 7 DE GRAZIA, Victoria, «Mass Culture and Sovereignty: the American Challenge to European Cinemas», *Journal of Modern History*, 61 (1989), pp. 53-87.
 - 8 JUDT, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.
 - 9 GIENOW-HECHT, Jessica, «Shame on US? Academics, Cultural Transfer, and the Cold War - A Critical Review», *Diplomatic History*, 24/3 (2000), pp. 470-479.
 - 10 Especialmente representativos de esta vertiente interpretativa fueron las obras de GUBACK, Thomas, *The International Film Industry*, Bloomington, Indiana University Press, 1969; DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo*, Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso 1971; SCHILLER, Herbert, *Communication and Cultural Domination*, White Plains, International Arts and Sciences Press, 1976.
 - 11 «Shame on US...», *art. cit.*, pp. 470-479.
 - 12 Entre una larga nómina de estudios podrían destacarse: DUIGNAN, Peter y GANN, Lewis H., *The United States and the New Europe 1945-1993*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1994; DJELIC, Marie-Laure, *Exporting the American Model. The Postwar Transformation of European Business*, Oxford, Oxford University Press, 1998; STRASSER, Susan, MCGOVERN, Charles y JUDT, Matthias (eds.), *Getting and Spending: European and American Consumer Societies in the Twentieth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998; GOURVISH, Terry y TIRATSOO, Nick (eds.), *Missionaries and Managers: American influences on European management education, 1945-69*, Manchester-Nueva York, Manchester University Press, 1998; KIPPING, Mathias y BJARVAR, Ove (eds.), *The Americanisation of European Business: The Marshall Plan and the Transfer of US Management Models*, Londres, Routledge, 1998; ZEITLIN, Jonathan y HERRIGEL, Gary (eds.), *Americanization and its limits. Reworking US technology and management in post-war Europa and Japan*, Oxford, Oxford University Press, 2000; DAUNTON, Martin y HILTON, Matthew (eds.), *The Politics of Consumption: Material Culture and Citizenship in Europe and America*, Oxford, Berg, 2001; KIPPING, Matthias y TIRATSOO, Nick (eds.), *Americanisation in 20th Century Europe: Business, Culture, Politics*, Lille, CHREN-Université Charles de Gaulle, 2002; BARJOT, Dominique, LESCENT-GILES, Isabelle y FERRIÈRE LE VAYER, Marc de (eds.), *L'américanisation en Europe au XX^e siècle: économie, culture, politique*, Lille, CHREN-Université Charles de Gaulle, 2002; BARJOT, Dominique (ed.), *Catching up with America. Productivity Missions and the Diffusion of American Economic and Technological Influence after the Second World War*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002; BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhagen, Museum Tusulanum Press, 2003; SCHRÖTER, Harm, *The Americanization of the European Economy. A compact survey of American economic influence in Europe since the 1880s*, Dordrecht, Springer, 2005.
 - 13 Una obra fundamental en la crítica de las lecturas imperialistas es la de TOMLINSON, John, *Cultural Imperialism. A Cultural Introduction*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1991. Tras ella fueron apareciendo una serie de estudios que cuestionaban las tesis imperantes hasta el momento sobre el sentido y significado de la americanización de Europa: KROES, Rob y WILTERDINK, Roby N. (eds.), *Within the U.S. Orbit: Small National Cultures vis-à-vis the United States*, Amsterdam, V.U. University Press, 1991; KROES, Rob, RYDELL, Robert W. y BOSSCHER, Doeko F. J. (eds.), *Cultural Transmissions and Receptions. American mass culture in Europe*, Amsterdam, V.U. University Press, 1993; KUISEL, Richard, *Seducing the French. The Dilemma of Americanization*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1994; ELLWOOD, David y KROES, Rob (eds.), *Hollywood in Europe: Experiences of a Cultural Hegemony*, Amsterdam, V. U. University Press, 1994; MORELY, David y ROBINS, Kevin, *Spaces of Identity: Global Media, Electronic Landscapes and Cultural Boundaries*, Londres, Routledge, 1995; KROES, Rob, *If You've Seen One You've Seen the Mall, Urbana y Chicago*, University of Illinois Press, 1996; PELLIS, Richard, *Not Like Us. How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture since World War II*, Nueva York, Basic Books, 1997.
 - 14 NYE, Joseph, «Soft Power», *Foreign Policy*, 80 (1990), pp. 153-171. Una versión actualizada en NYE, Joseph, *The Paradox of American Power. Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
 - 15 BRUCE, Gregory, «Public Diplomacy: Sunrise of an Academic Field», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 616/1 (2008), pp. 274-290.
 - 16 WAGNLEITNER, Reinhold, *Coca-Colonization and the Cold War: The Cultural Mission of the United States in Austria after the Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994; HIXSON, Walter L., *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Nueva York, St. Martin

- Press, 1997; GIENOW-HECHT, Jessica, *Transmission Impossible: American Journalism as Cultural Diplomacy in Postwar Germany, 1945-1955*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999; STONOR-SAUNDERS, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001; SCOTT-SMITH, Giles, *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and the Post-War American Hegemony*, Londres-Nueva York, Routledge, 2002; KRABBENDAM, Hans y SCOTT-SMITH, Giles (eds.), *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Londres-Portland, Frank Cass, 2003; VON ESCHEN, Penny, *Satchmo Blows Up the World: Jazz Ambassadors Play the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Kansas Press, 2006; BELMONTE, Laura A., *Selling the American Way. U.S. Propaganda and the Cold War*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2008; SCOTT-SMITH, Giles, *Networks of Empire: the U.S. State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France and Britain, 1950-1970*, Bruselas-Nueva York, Peter Lang, 2008; CULL, Nicholas J., *The Cold War and the United States Information Agency: American Propaganda and Public Diplomacy*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2008; TOBIA, Simona, *Advertising America. The United States Information Service in Italy, 1945-1956*, Milán, LED Edizioni Universitarie, 2008; CUMMINGS, Richard H., *Cold War Radio: The Dangerous History of American Broadcasting in Europe, 1950-1989*, Jefferson-NC, McFarland, 2009; OSGOOD, Kenneth y ETHERIDGE, Brian C. (eds.), *The United States and Public Diplomacy. New Directions in Cultural and International History*, Leiden-Boston, Martinus, 2010.
- ¹⁷ Entre ellas WAGNLEITNER, Reinhold y TYLER MAY, Elaine (eds.), 'Here, There, and Everywhere': the foreign politics of American popular culture, Hanover-Londres, University Press of New England, 2000; FEHRENBACH, Heide y POIGER, Uta G. (eds.), *Transactions, Transgressions, Transformations. American Culture in Western Europe and Japan*, Nueva York, Berghahn Books, 2000; GEMELLI, Giuliana (ed.), *American Foundations and Large-Scale research: Construction and Transfer of Knowledge*, Bolonia, CLUEB, 2001; RAMET, Sabrina y CRNKOVIC, Gordana (eds.), *Kazaam! Splat! Ploof!: the American Impact on European Popular Culture since 1945*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003; BERMAN, Russell A., *Anti-Americanism in Europe: A Cultural Problem*, Palo Alto, Hoover Institution Press, 2004; DE GRAZIA, Victoria, *El imperio irresistible. Un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre Europa*, Barcelona, Belacqva, 2006; KRIGE, John, *American Hegemony and the Postwar Reconstruction of Science in Europe*, Cambridge, MIT Press, 2006; STEPHAN, Alexander (ed.), *The Americanization of Europe: Culture, Diplomacy and Anti-Americanism after 1945*, Nueva York, Berghahn, 2006; WAGGN, Stephen y ANDREWS, David L. (eds.), *East Play West: Sport and the Cold War*, Londres-Nueva York, Routledge, 2007; OLDENZIEL, Ruth y ZACHMAN, Karin (eds.), *Americanization, Technology and European Users*, Cambridge, MIT Press, 2009; SHAW, Tony y YOUNGBLOOD, Denis J., *Cinematic Cold War: The American and Soviet Struggle for Hearts and Minds*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010.
- ¹⁸ La influencia del *cultural turn* entre los historiadores de las relaciones internacionales y transatlánticas en Estados Unidos y Europa es perfectamente rastreable en los artículos publicados durante las últimas dos décadas en *Diplomatic History*, la revista editada por la *Society of Historians of American Foreign Relations*.
- ¹⁹ KUISEL, Richard, «Americanization for Historians», *Diplomatic History*, 24/3 (2000), p. 512.
- ²⁰ Sin ánimo de exhaustividad, pueden mencionarse las contribuciones incluidas en obras colectivas como las de DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María, D. (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005; NIÑO, Antonio (coord.), «La ofensiva cultural americana durante la Guerra Fría», *Ayer*, 75 (2009); y NIÑO, Antonio y MONTERO, José A. (eds.), *La Guerra Fría Cultural, 1945-1960*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, en prensa. Entre los estudios monográficos: DELGADO, Lorenzo, «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la guerra mundial a los pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 35-59, *Viento de Poniente. El Program Fulbright en España*, Madrid, Comisión Fulbright-AECI-LID Editorial, 2009, y «After Franco, what? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del posfranquismo», en MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel (eds.), *Claves internacionales de la transición española*, Madrid, Catarata, 2010, pp. 99-126; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración: «La educación de los empresarios españoles. La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España», *Revista de Historia Económica*, 22/2 (2004), pp. 387-424; LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC, 2010; y RODRÍGUEZ, Francisco J., *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, PUV, 2010.
- ²¹ Una revisión de la evolución historiográfica sobre las relaciones bilaterales durante el franquismo en DELGADO, Lorenzo y LEÓN, Pablo, «De la primacía estratégica a la difusión del modelo americano: Estados Unidos y la España del franquismo», *Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Publican, 2011, en prensa.

ESQUEMA DE COOPERACIÓN

ENERGÍA ELÉCTRICA.—Las modernas ciudades industriales se construyen con acero, pero es la energía eléctrica la que les da vida. Los programas de cooperación han ayudado a construir centrales hidráulicas y térmicas, han suministrado generadores para la producción de electricidad y ayudado al tendido de las líneas de alta tensión, que llevan la electricidad a los lugares en que es necesaria... También han suministrado estos programas materias primas como el cobre, indispensable para la fabricación de equipos eléctricos. Más de 83 millones de dólares y 754 millones de pesetas procedentes de los fondos de cooperación se han destinado a centrales eléctricas y distribución de energía.



AGRICULTURA.—Los programas de cooperación han financiado la importación de tractores y otra maquinaria agrícola que facilita las labores del campo y aumenta el rendimiento. También estos programas están ayudando a financiar la construcción de fábricas de abonos que el campo español necesita con urgencia. Pero acaso una de las más importantes iniciativas sea el Servicio de Extensión Agrícola, dedicado a hacer conocer a los campesinos españoles los métodos más adecuados para la explotación de sus fincas. En el campo de la cooperación técnica se han establecido proyectos de lucha contra epizootias, producción y distribución de leche, estudios de fertilizantes, mejora del ganado, etc.

REGADÍOS.—El riego de tierras permite la obtención de tres cosechas anuales en tierras que normalmente producen una cosecha cada dos o tres años. Esto significa no solamente mayor producción, sino también trabajo durante todo el año en vez de trabajo estacional. Los programas de cooperación se han interesado en este aspecto dedicando fondos y personal técnico a la construcción de canales, acequias, presas y pozos; nivelando tierras y creando bancales, y hasta levantando nuevos pueblos para alojar familias campesinas. Casi 4.400 millones de pesetas procedentes de los fondos de cooperación se han dedicado a riegos, obras hidráulicas y proyectos afines.



REPOBLACIÓN FORESTAL.—La repoblación forestal persigue varios fines: ayuda a la formación de bosques que en el futuro proporcionarán maderas para la construcción de viviendas y muebles; impide la erosión del suelo no sólo preservando la superficie exterior dedicada al cultivo, sino impidiendo que los embalses se llenen y encenaguen con tierras de aluvión. Los bosques, por otra parte, retienen el agua en el suelo, evitando las inundaciones y permitiendo el establecimiento de sistemas de riego, así como el suministro de agua a las ciudades. Unos 650 millones de pesetas se han dedicado a este importante apartado de la economía española.